

EL PENSAMIENTO AMBIENTALISTA

GUILLERMO FOLADORI*

It is argued in this paper that two general stances towards environmental education (EE) can be identified in the available literature. On the one hand, EE is conceived as an end in itself, and as an endeavour that has a wealth of content of its own—the ecology—that is able to transform unsatisfactory material conditions into less polluted and depleted environments. This stance equates EE with ecology learning and assumes the environmental problematic is a technical one. On the other hand, EE can be grounded in the idea that environmental problems rise from socio-economic structures rather than from technical issues; and that EE, in order to make sense, has to complement structural changes taking place within a society. This second stance identifies EE with education on how human society's relationship with itself—economic, social, and political—determines its relationship with and appropriation of the material world and other living organisms. Thus, from this perspective—and as we argue in this paper—environmental problems are not technical but societal and, as we discuss, this has significant implications for education.

Introducción

Durante las últimas tres décadas del siglo XX el concepto de educación ambiental (EA) ha tenido diferentes significados; sin embargo, más allá de que ha cambiado, lo que se entiende por EA pueden distinguirse dos grandes posturas. Por un lado, aquella que la considera como un objetivo en sí misma y hasta con un contenido propio—la ecología—, capaz de transformar las condiciones materiales hacia un ambiente menos contaminado y depredado. Esta postura equipara EA con enseñanza de la ecología, y asume los problemas ambientales como esencialmente técnicos. El desconocimiento de los flujos de energía y materiales entre la sociedad humana y el resto del mundo físico-material y los otros seres vivos es causante de la crisis ambiental. De allí que la EA se asuma como el instrumento para su solución.

Hay, por otro lado, la concepción de que los problemas ambientales son derivados de una estructura económico-social determinada, y que la EA, para tener sen-

tido, debe complementar los cambios estructurales en la sociedad. Esta postura identifica la EA con educación sobre cómo la sociedad humana se relaciona entre sí—relaciones económicas, sociales y políticas— para disponer del mundo físico material y los otros seres vivos. En esta concepción, los problemas ambientales no son principalmente técnicos, sino sociales.

En este artículo argumentamos que estas dos grandes posiciones condensan diferentes concepciones ideológicas sobre la relación entre la sociedad humana y la naturaleza externa, que cristalizan a su vez en un abanico de lo que podemos llamar el pensamiento ambientalista. En apoyo a estas ideas, hemos elaborado una tipología para analizar las principales posiciones, reconociendo que toda tipología es un modelo. Es una manera de forzar o encuadrar posiciones diferentes. Su utilidad radica, como otras formas analíticas, en presentar de forma simple lo que es complejo.

En el caso que nos ocupa, la ideología ambientalista contemporánea tiene los más variados tintes. El resultado del análisis puede variar según los criterios que se adopten.¹

* Guillermo Foladori es profesor visitante en el Programa de Doctorado en Medio Ambiente y Desarrollo, Universidad Federal de Paraná, Brasil. Correo electrónico: <fola@cce.ufpr.br>.

¹ Existen muchas otras clasificaciones. Los 'verdes', por ejemplo, se autodistinguen tanto de los que aquí llamamos tecnocentristas, como de los marxistas. Ellos argumentan que ambos se identifican por su defensa del industrialismo, mientras ellos mismos (verdes) reivindican, por el contrario, limitar el desarrollo de las fuerzas productivas (Dobson, 1992). Para elaborar esta tipología revisé las de los siguientes autores: O'Riordan (1976), Cotgrove (1982), Pepper (1986), Grundmann (1991), McGowen (1994) y, Egri & Pinfield (1999).

Aquí hemos partido de dos criterios o entradas simultáneas: el punto de partida ético, que distingue a ecocentristas de antropocentristas; y considerar a la sociedad humana como un bloque enfrentado a la naturaleza, o dividida en clases, que distingue a ecocentristas y tecnocentristas de marxistas.

El punto de partida filosófico:
natural versus artificial

Existen diferentes concepciones sobre lo que es naturaleza. De acuerdo con Savater (1996) pueden distinguirse tres grandes líneas:

a) Naturaleza como conjunto de todas las cosas existentes, sometidas a las regularidades que estudian las ciencias 'de la naturaleza'. Desde esta perspectiva, todo es naturaleza, tanto la naturaleza virgen como los productos más 'sospechosos' de la actividad humana. El plástico es igual de natural que la miel. El ser humano no puede hacer nada cuyo producto o resultado no sea, asimismo, natural, ya que él es, en sí, naturaleza. La distinción natural/artificial no serviría de criterio para determinar qué elementos son perjudiciales para el medio ambiente y cuáles no: "... si hay razones para considerar rechazables ciertos logros humanos, nada tendrán que ver desde luego con su mayor o menor 'naturalidad', porque ir contra la naturaleza es cosa que nadie sabe hacer... al menos en este mundo" (Savater, 1996: 244). La distinción entre elementos perjudiciales y benéficos sería resultado de la subjetividad humana y, por lo tanto, relativa tanto en términos históricos como culturales y políticos.

b) Naturaleza como conjunto de las cosas que existen sin intervención humana, con espontaneidad no deliberada. Esta concepción distingue lo natural como aquello que existe fuera de la intervención humana, de lo artificial producto de la acción humana. Es la concepción más utilizada y expresa el sentido común de los términos natural y artificial. Al igual que la primera concepción, hace referencia a una formalidad descriptiva. Claro está que la concepción de naturaleza como todo lo externo al ser humano es la manifestación ideológica y generalmente no explícita ni cons-

ciente de la mayoría de las posturas sobre la relación sociedad/naturaleza. Al nivel consciente y científico, es evidente para todos que la naturaleza incluye al ser humano y sus productos.

c) Naturaleza como origen y causa de todo lo existente, como explicación última y razón de ser. Esta concepción es una derivación ética posible, aunque no necesaria, de la segunda concepción. De la distinción entre naturaleza y sociedad como dos opuestos se deriva una valoración ética: lo bueno sería lo natural y lo malo lo artificial.

Es evidente que esta concepción no puede derivarse del primer entendimiento de naturaleza que presentamos, toda vez que si el ser humano es parte de la naturaleza, éste no puede comportarse de forma ecológicamente incorrecta. Sí se deriva, en cambio, de la segunda concepción, donde la naturaleza excluye a la sociedad y actividad humana. La naturaleza es considerada aquí la razón de ser del Universo. La base de todos los fundamentalismos reside en esta forma de entender la naturaleza, que la convierte, al decir de Savater (1996: 261) "... en una prolongación de la divinidad". Una concepción que rechaza

"... el presente humano (cualquier presente, pues todos son sin duda insuficientes y decepcionantes como suele ocurrirle a la realidad) en nombre de la armonía prehumana originaria y natural, lo mismo que las religiones repudian los fastos y carnales afanes de este mundo en nombre de la perfección invulnerable del más allá" (Savater, 1966: 265).

Con diferentes grados de radicalismo, esta concepción está presente en muchos de los movimientos y posiciones sobre la problemática ambiental contemporánea. Está presente principalmente en las llamadas corrientes 'ecologistas', que argumentan la necesidad de que el comportamiento humano se guíe por las 'leyes de la ecología'.

Aunque la distinción entre productos de la actividad humana y naturaleza virgen puede parecer útil, su aplicación a la problemática ambiental contiene dos tipos de problemas. Uno, de carácter práctico, ya que si el ser humano tiene la capacidad de afectar la atmósfera de la

Tierra, esto afecta el clima y, con ello, podría decirse que toda la Tierra es artificial. Otro, de carácter teórico, ya que distinguir entre natural y artificial no se justifica porqué lo natural debería ser lo bueno y lo artificial lo malo. Esta conclusión se introduce 'de contrabando' en esta concepción de la naturaleza y es lo que conduce a una posición fundamentalista.

Pero, el fundamentalismo naturalista no termina en la reivindicación de la naturaleza buena. El fundamentalismo naturalista tiene tres fases claramente distinguibles: a) comienza separando a la sociedad humana de la naturaleza; b) luego adjudica valores benéficos a la naturaleza y perjudiciales a la creación humana, y por último c) convierte a ciertos comportamientos humanos en resultados naturales, y a otros en resultados sociales. Con ello subdivide la actividad humana que comenzó siendo toda mala y enfrentada a la naturaleza, en buena y mala según los intereses de sus voceros. Estas tres etapas del pensamiento fundamentalista están presentes desde la filosofía griega. Por ejemplo, Aristóteles entiende la esclavitud como un resultado natural y, por lo tanto, justo.

...la naturaleza no hace nada sin una finalidad, un propósito, ella debe haber hecho todas las cosas específicamente para el beneficio del hombre. Eso significa que es parte del plan de la naturaleza el hecho de que el arte de la guerra, de la cual la caza es parte, sea un modo de adquirir propiedad, y ese modo debe ser usado contra las bestias salvajes y contra los hombres que, por naturaleza, deben ser gobernados pero se recusan a eso, porque ese es el tipo de guerra que es justo por naturaleza (Aristóteles, 1999: 156. Traducción libre).

Véase cómo, desde el comienzo la naturaleza es sabia (fase a). Luego resulta que los hombres pueden transgredir la naturaleza, recusándose, por ejemplo, a ser

esclavizados —aquí el carácter maléfico de lo social o artificial— (fase b); por último, ciertos comportamientos, en este caso la guerra, la propiedad privada, o la esclavitud deben ser considerados naturales, y de allí justos y buenos (fase c).

Desde esta perspectiva, la naturaleza se superpone a la sociedad; y ésta debe subordinar su actuación a las leyes de la naturaleza. En el pensamiento contemporáneo, subordinar la actuación a las leyes de la naturaleza significa que la acción humana debe ser ecológicamente correcta. Las leyes de la ecología son las que deben guiar la forma de organización de la sociedad y sus criterios éticos.²

Una tipología

La naturaleza, como esfera separada, o yuxtapuesta a la sociedad humana, donde la parte natural debe imponer un criterio de comportamiento a la parte social, conduce a lo que denominaremos posiciones ecocentristas.³ Para éstas, existe un criterio ético fuera de la sociedad humana que debe determinar la propia organización humana. El criterio ético dimana de la naturaleza y sus leyes.⁴ Ello no significa que los criterios éticos no sean construidos por el ser humano, sino que son construidos a partir de valores naturales intrínsecos, y externos a la sociedad humana. McGowen distingue antropocéntrico de antropogénico, aludiendo con este último término a que todas las construcciones son humanas. De ahí que el ecocentrismo (o biocentrismo) siendo construido por el ser humano, parte de valores externos.

Esto confunde 'antropocéntrico' con 'anthropogénico'. El biocentrismo es ciertamente un sistema de valores antropogénico (hecho por humanos), pero también es, ciertamente, no antropocéntrico. He notado que esta confusión es casi universal entre los investigadores antro-

² Según Grundmann, este fundamentalismo naturalista está presente en las más variadas posiciones políticas ambientalistas. En Gruhl, un conservador; en Harich, un comunista stalinista; en Bookchin, un anarquista; en Lalonde, un eco-socialista (Grundmann, 1991: 17).

³ Una línea de pensamiento puede ser identificada como ecocéntrica, descrita por McConnell (1965) como "descansando en el supuesto de un orden natural en el cual todas las cosas se mueven según leyes naturales, en la cual el más delicado y perfecto equilibrio se mantuvo hasta el momento en que el hombre entra con toda su ignorancia y presunción" (O'Riordan, 1976: 1).

⁴ También se habla de biocentrismo, en lugar de ecocentrismo.

pocentristas. [...] el biocentrismo no significa ‘nunca referirse a intereses humanos’. Significa que los intereses humanos no definen todo el horizonte de valores —hay valores naturales, o ‘valores intrínsecos’ surgidos de la evolución, que los humanos deben respetar (McGowen, 1999. Traducción libre).

La naturaleza, como esfera separada de la sociedad humana o yuxtapuesta, donde el ser humano impone su dominio, confiando para ello en el desarrollo tecnológico, conduce a lo que denominaremos posiciones tecnocentristas.⁵ Esta corriente de pensamiento es también antropocentrista, en la medida en que el comportamiento con el medio está determinado por las propias necesidades e intereses humanos.

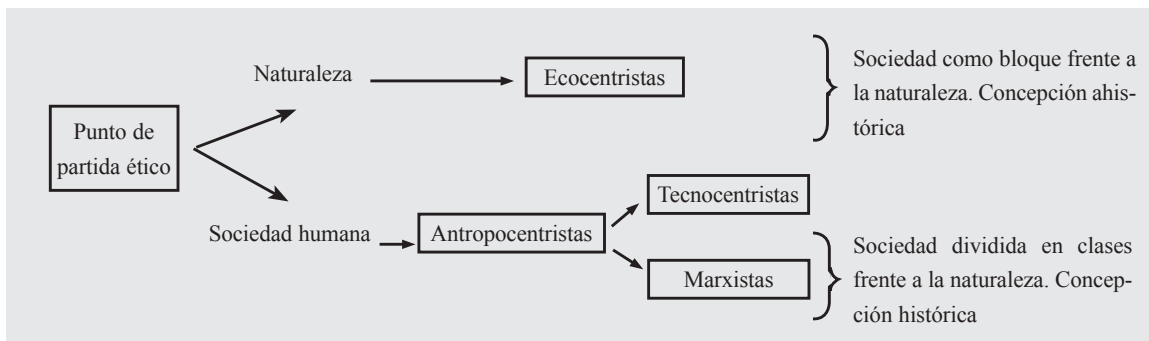
Por último, la naturaleza identificada con todo lo real, donde se incluye tanto la actividad humana como el resto de los elementos naturales, conduce a posiciones marxistas. Los marxistas también son antropocentristas, al considerar el interés humano la guía de su relación con el medio ambiente. La diferencia entre tecnocentristas y marxistas es que, mientras en los primeros la naturaleza es externa a la sociedad humana, y ésta se le enfrenta como bloque; en los marxistas la actividad humana es parte de la naturaleza, lo cual implica niveles de relación diferencial por sectores, clases, naciones etc., con responsabilidades e intereses, a veces, contrapuestos, y con una determinación histórica.

Pepper (1986) investiga las raíces del ambientalismo moderno. Señala que en el pensamiento griego pueden identificarse posiciones ecocentristas y antropocentristas, muchas veces confundidas en los mismos autores. Sobre la cosmología cristiana hay diferentes opiniones, desde aquellos que consideran que el ‘Génesis’ de la Biblia muestra claramente la subordinación de toda la naturaleza al ser humano, hasta quienes interpretan que la Biblia coloca al ser humano como sirviente de Dios, que debe velar por el cuidado de la Tierra y demás creaciones divinas. También la cosmología medieval es contradictoria, al reivindicar la naturaleza al servicio del ser humano (antropocentrismo), así como la interdependencia organicista (la cadena de la vida) de todos los elementos de la naturaleza (ecocentrismo).

Las raíces filosóficas del ecocentrismo moderno están en el pensamiento romántico de los siglos XVII y XVIII, que se presenta como crítica al naciente capitalismo y una reivindicación de la naturaleza salvaje. Hay un trasfondo religioso, una creencia en la igualdad entre las criaturas de Dios. De allí que el ser humano, como lo plantea Pepper (1986: 28. Traducción libre):

... tiene una obligación moral hacia la naturaleza no simplemente por el placer del hombre, sino como un derecho biótico (bioético). Este argumento, desde una perspectiva esencialmente científica ecosistémica, coloca al hombre al

TIPOLOGÍA DE POSICIONES AMBIENTALISTAS SEGÚN PUNTO DE PARTIDA ÉTICO Y CARÁCTER HISTÓRICO



⁵ "El otro punto de vista es el tecnocentrista, caracterizado por Hays (1959) como la aplicación de la razón científica y ‘sin valores’ y las técnicas gerenciales por una elite profesional que ve el medio ambiente natural como una ‘cosa neutral’ de la cual el hombre puede moldear su destino con beneficio" (O’Riordan,

interior de la naturaleza, como parte del ecosistema natural. Consecuentemente, cualquier cosa que el hombre haga afecta el resto del sistema global y repercute a través de él —eventualmente vuelve sobre él. Así que, por su propio interés, no debe saquear, explotar o destruir los ecosistemas naturales— porque al hacerlo está destruyendo los fundamentos biológicos de su propia vida. El hombre es visto como sujeto a leyes biológicas tal como el resto de la naturaleza, de allí que debe contribuir a la estabilidad y mutua armonía de los ecosistemas de los cuales forma parte.

Este origen romántico del ecocentrismo va a ser reforzado a principios del siglo XIX con la tesis malthusiana sobre la población. Para Malthus, los impulsos sexuales naturales de las clases pobres conducían al crecimiento de la población, más allá de las posibilidades materiales de su manutención.

Las raíces filosóficas del tecnocentrismo están en la revolución científico-técnica del siglo XVII, y la confianza en la ciencia y tecnología para superar los problemas.

... la creencia en la habilidad y eficiencia del gerenciamiento en solucionar problemas mediante el uso de ‘análisis objetivos’ y el apoyo en las leyes de la física... este gerenciamiento incluye el medio ambiente (Pepper, 1986: 29. Traducción libre).

ducción libre).

La ideología tecnocrática, escribe O’Riordan, "es casi arrogante en su supuesto de que el hombre es totalmente capaz de comprender y controlar eventos que cumplan sus propósitos" (citado por Dobson, 1992: 85. Traducción libre).

Ambas corrientes de pensamiento, la ecocentrista y la tecnocentrista, utilizan ampliamente, hoy en día, los resultados de la ciencia para fundamentar sus posiciones. Sólo que, cada uno según su propia óptica llega a resultados diferentes. Mientras los tecnocentristas reivindican las posibilidades humanas de dominar y administrar la naturaleza, partiendo de la ciencia analítica convencional, los ecocentristas reivindican las relaciones de armonía con la naturaleza, apoyándose en la ecología y las leyes de la termodinámica (Pepper, 1986: 116).

En cuanto al marxismo, Marx dio al concepto de naturaleza un sentido totalmente diferente, al considerarla como una totalidad que incluye a la sociedad humana en su historicidad. De esta forma, no son ni las leyes biológicas o físicas como en el ecocentrismo, ni la tecnología como en el tecnocentrismo, las que guían el comportamiento humano con su ambiente, sino la forma de producción concreta de cada fase histórica, con las contradicciones de clase e intereses asociados y contrapuestos.

TIPOLOGÍA DEL PENSAMIENTO AMBIENTALISTA

Punto de partida Ético	Tipo	Autores	Causas de la crisis ambiental	Alternativa para la “sustentabilidad”
Ecocentristas	Ecología profunda	Naess, N. (1973) "The shallow and the deep, long-range ecology movement. A summary", en <i>Inquiry</i> . Vol. 16.	Ética antropocéntrica y desarrollo industrial.	Igualitarismo biosférico. Frenar el crecimiento material y poblacional. Tecnologías de pequeña escala.
	Verdes	1. ‘Neomalthusianos’. Ehrlich, P. & J. Holdren (1971) "Impact of population growth", en <i>Science</i> , Vol. 171. 2. ‘Mainstream’. Commoner, Barry (1972) <i>The Closing Circle</i> . New York, Knopf. Porrit, J. (1986) <i>Seeing Green</i> . Oxford, Blackwell.	Crecimiento poblacional y producción ilimitada y orientada a bienes supérfluos. Uso de recursos no renovables.	Frenar el crecimiento poblacional. Contra artículos suntuarios. Tecnologías limpias. Control estatal. Orientación energética hacia recursos renovables.

TIPOLOGÍA DEL PENSAMIENTO AMBIENTALISTA (CONTINUACIÓN)

Punto de partida Ético	Tipo	Autores	Causas de la crisis ambiental	Alternativa para la "sustentabilidad"
Antropocentristas	Ambientalismo moderado	Pearce, D. y R. Turner (1995) Economía de los recursos naturales y del medio ambiente. Madrid,	Políticas erradas, desconocimiento, falta de participación estatal.	Políticas económicas e instrumentos para corregir el mercado. Tecnologías limpias o verdes.
	Cornucopianos	Simon, J. & H. Kahn (Ed.) (1984) The Resourceful Earth. A Response to Global 2000. New York, Basil Blackwell.	No hay crisis ambiental.	Libre mercado sin participación estatal. No hay restricciones a la tecnología, "el mercado se encarga".
	Marxistas	Enzensberger, Hans M. (1979) "Crítica de la ecología política". Rose, H. & S. Rose Economía política de la ciencia. México, Nueva Imagen.	De la crisis contemporánea: relaciones sociales capitalistas (existen causas genéricas a la sociedad humana).	Cambio de las relaciones capitalistas de producción. Medios de producción controlados por los trabajadores.

Nota: El cuadro recupera sólo los principales elementos en cada celda. Varias corrientes comparten esas características. Dada la gran cantidad de bibliografía para cada celda, se optó por incluir la más antigua con destaque, excepto en la del ambientalismo moderado que preferimos un manual conocido.

Para adelantar una visión de conjunto de las diferentes posiciones se presenta el siguiente cuadro:

Ecocentristas

Las posiciones ecocentristas son muy variadas.⁶ Aquí hemos optado por referirnos a las posiciones más polares. Por un lado, hemos colocado a lo que se conoce como ecología profunda (Deep Ecology), así como a los preservacionistas de la naturaleza.⁷ Por otro, los 'verdes' en sentido amplio, incluyendo al subgrupo de los neomalthusianos.

a) Deep ecology y preservacionistas (ecocentristas).

La ecología profunda es una eco-filosofía que atribuye valores intrínsecos a la naturaleza. Si bien se consolida durante la década de los setenta, pueden encontrarse antecedentes en el pensamiento, por ejemplo, de Aldo

Leopold. En 1949 escribe:

Toda ética desarrollada hasta ahora descansa en una sola premisa: que el individuo es miembro de una comunidad de partes interdependientes. Sus instintos le impulsan a competir por su lugar en esa comunidad, pero su ética le impulsa también a cooperar (quizás en orden a que haya un lugar por el que competir).

La ética de la tierra simplemente amplía los límites de la comunidad para incluir suelos, aguas, plantas y animales, o colectivamente: la tierra (Leopold, 1949, citado por Dobson, 1997: 75-76).

Según esta concepción, el cuidado de la naturaleza no debe derivarse de los intereses humanos. La cuestión no está, por ejemplo, en si la biodiversidad implica

⁶ Por ejemplo, los 'eco-comunalistas' que defienden la necesidad de volver a comunidades autosuficientes o de self-reliance (auto-defensa frente a cambios externos); los eco-feministas, que argumentan que la dominación de la naturaleza y de la mujer es un sólo proceso; la corriente principal de los verdes que combinan su crítica al industrialismo con la limitación del crecimiento poblacional, y otras (O'Riordan, 1976; Dobson, 1992; Pepper, 1993).

⁷ En este artículo distinguimos a los 'preservacionistas' como aquellos que defienden la opción de no desarrollar, de los 'conservacionistas' que plantean desarrollar manteniendo las características esenciales del hábitat natural" (Pearce y Turner, 1995).

ventajas económicas, biológicas o estéticas para el ser humano, está en el hecho de ser parte de la biosfera y por ello debe tener valor intrínseco. Las propuestas más radicales de la ecología profunda promueven una 'vuelta al pasado' hacia comunidades autosuficientes y con una relación más estrecha con la naturaleza.

En la defensa de la naturaleza 'virgen' coincide la ecología profunda con las posiciones preservacionistas. Un certero resumen de los planteamientos preservacionistas, basados en una supuesta biología conservacionista, fue presentado por Primack (1993) y nos servirá de guía explicativa. Según Primack (1993: 19-20):

La biología conservacionista descansa en ciertos supuestos implícitos que son de común acuerdo en los miembros de la disciplina. Estos enunciados no pueden ser probados o rechazados, y aceptar todos ellos no es requisito para los biólogos conservacionistas.

1. La diversidad de los organismos es buena
2. La reciente extinción de poblaciones y especies es mala. La extinción de las especies y poblaciones como resultado de procesos naturales constituye un evento neutral... Sin embargo, como resultado de las actividades humanas la tasa de extinción se ha multiplicado por mil. Prácticamente todos los cientos de especies de vertebrados extintas, y la presumible extinción de miles de especies de invertebrados en el último siglo han tenido causa humana.
3. La complejidad ecológica es buena.
4. La evolución es buena
5. La evolución biológica tiene valores intrínsecos. Las especies tienen valor por sí mismas, independientemente del valor material para la sociedad humana (Traducción libre).

Como asienta Primack, se trata de postulados que no pueden probarse, son 'principios fundamentales' del preservacionismo que no están en discusión. El fundamentalismo naturalista implícito, tanto en la ecología profunda, como en las posiciones preservacionistas, radica

en atribuir a leyes naturales el carácter de buenas o mejores que las actividades humanas. La biodiversidad es buena. Las extinciones que acontecieron 'naturalmente' son buenas, mientras que las producidas por el ser humano no lo son. La complejidad ecológica es buena. La evolución es buena. La biodiversidad tiene valores intrínsecos positivos. En su fundamentalismo naturalista la ecología profunda y el preservacionismo parten del supuesto de que las leyes de la naturaleza conducen "naturalmente" —valga la redundancia— a resultados óptimos. No queda claro porqué estas leyes debieran de ser 'mejores' que su contraparte social contemporánea: limitación de la biodiversidad, extinciones de especies sin interés económico, reducción de la complejidad ecológica, conducción de la evolución, etc. El fundamentalismo naturalista es una extensión, al campo de la naturaleza, de las creencias divinas.

b) 'Verdes' y neomalthusianos (ecocentristas).

El término 'verde' no significa que sus autores sean necesariamente militantes políticos, es sólo un criterio de identificación. Este grupo puede subdividirse en varios. Para no recargar el texto, sólo incluiremos dos: los 'verdes' y los neomalthusianos.⁸ Por 'verdes' consideramos a la corriente principal (mainstream), representada por los partidos verdes de, por ejemplo, Gran Bretaña y Alemania, o por la revista *The Ecologist*, así como por los movimientos ecologistas Greenpeace, o Friends of the Earth. La influencia de escritores y activistas contemporáneos como Schumacher (1973), Porritt (1986), Commoner (1972), Capra (1985) y Goldsmith (1972) es decisiva en la formación teórica de esta corriente. Entre todos estos podemos distinguir bases comunes, a pesar de sus diferencias.

Para los líderes o intelectuales del pensamiento ecologista verde no hay duda de que su propuesta implica una alternativa radical a la actual sociedad capitalista. Por ejemplo, Porritt y Winner escriben:⁹

[objetivo verde] más radical pretende nada menos que una

⁸ Estas y otras corrientes están fuertemente influidas por el pensamiento anarquista de Kropotkin. Los anarquistas consideran que la principal causa de la crisis ambiental está en las relaciones jerárquicas y de dominación. Al decir de Pepper, "...todos ven que la dominación y explotación de la naturaleza por el hombre no es sino una extensión de la dominación del hombre por el hombre" (Pepper, 1986: 192. Traducción libre).

⁹ Porritt es activista de Friends of the Earth y fue líder del partido verde británico.

revolución no violenta que derrumbe la totalidad de nuestra sociedad industrial contaminante, saqueadora y materialista y, en su lugar, cree un nuevo orden económico y social que permita a los seres humanos vivir en armonía con el planeta. Según esto, el movimiento verde pretende ser la fuerza cultural y política más radical e importante desde el nacimiento del socialismo (citado por Dobson, 1997: 30).

O, Capra y Spretnak:

‘La política Verde’ representa ‘la manifestación política del cambio cultural’ hacia un nuevo ‘paradigma’; ellos concluyen que ‘Lo que necesitamos es una nueva dimensión global de la política. La política verde ofrece dicha dimensión, una política que no es ni de izquierda ni de derecha, sino que está al frente’ (citados por Wall, 1994: 1. El subrayado es mío. Traducción libre).

Ambos equiparan al capitalismo y al comunismo como formas ‘industrialistas’ y sostienen que su alternativa verde las supera.

El nombre dado por lo general a esta forma de vida es ‘industrialismo’, al cual Porritt llega a denominar ‘superideología’, dentro de la cual se inscriben comunismo y capitalismo, y que en otro lugar describe como ‘adhesión a la creencia de que las necesidades humanas sólo se pueden satisfacer mediante la permanente expansión del proceso de producción y consumo’ (en Goldsmith y Hildyard, 1986). Esta observación es básica para la ideología verde, ya que pone de relieve, tanto el núcleo del ataque contra la sociedad y la política contemporáneas —industrialismo—, como la afirmación de que el ecologismo pone en tela de juicio supuestos con los cuales hemos vivido al menos durante dos siglos (Dobson, 1997: 52).

¿Cuáles son, entonces, las principales bases y postulados de esta corriente que se proclama al frente de la tradicional pugna capitalismo/socialismo?

Las principales características pueden reducirse a cuatro: a) el punto de partida ético, que otorga valor

intrínseco a la naturaleza; b) la utilización de la ecología como ciencia que explica las relaciones entre la sociedad y la naturaleza; c) la concepción de que existen límites físicos al desarrollo humano, y d) la confianza en el individualismo liberal como instrumento para transformar la sociedad. Las cuatro características están interrelacionadas, como veremos a continuación.¹⁰

a) El punto de partida ético.

El pensamiento verde es ecocentrista. Esto significa otorgar a la naturaleza valores intrínsecos, externos al ser humano. Esta ética eco, o bio-centrista, debiera guiar el comportamiento humano. Bunyard y Morgan-Greenville lo argumentan así: "Lo que se echa de menos es alguna percepción de una visión más imparcial, biocéntrica —o centrada en la biósfera— en la cual se considere que el mundo no humano tiene un valor intrínseco" (citados por Dobson, 1997: 42). Esta búsqueda de códigos éticos en la naturaleza externa al ser humano proviene de una visión de la naturaleza y la sociedad humana como esferas separadas. La naturaleza es contemplada como aquello que existe sin la intervención humana. Esta concepción distingue lo natural de lo artificial como dos opuestos. La acción y los productos de la sociedad humana son artificiales, opuestos a la naturaleza. Esto permite un criterio de valoración frente a la problemática ambiental. Lo bueno, sería lo natural, lo malo, lo artificial. El relacionamiento entre el mundo natural y el humano estaría dado por las leyes de la ecología.

b) La ecología como ciencia rectora de la ‘nueva sociedad’.

Las bases científicas de la propuesta verde están en la ecología. Como escribe Dobson:

... esta visión —no debe sorprender— es una visión ecológica ‘los ecólogos profesionales’, escribe Jonathon Porritt, ‘estudian los sistemas vegetales y animales en relación al medio ambiente, con particular énfasis en las interrelacio-

¹⁰ Para muchos debería incluirse ‘descentralización’, ‘justicia social’ y ‘no violencia’. Pero, las últimas dos prácticamente todos los partidos las defienden, y la primera tiene interpretaciones muy diferentes.

nes e interdependencia entre diferentes formas de vida' (Porrit, citado por Dobson, 1992: 3. Traducción libre). También Wall, "El 'paquete verde', como ya notamos, es prácticamente impensable sin las contribuciones de la ecología científica. Los ecologistas advirtiendo de la catástrofe ambiental ayudó a levantar los tempranos partidos y movimientos verdes contemporáneos" (Wall, 1994: 1. Traducción libre).

No es casual, por lo tanto, que importantes figuras de la biología sean activistas o defiendan posiciones verdes. Inclusive, dos candidatos a la presidencia lo fueron, "el biólogo, con base en Boston, profesor Barry Commoner fue candidato presidencial de un programa radical verde durante los ochenta, como también lo fue Dumont, en la elección francesa de 1974. Ecólogos científicos también apoyaron el partido ecologista británico en los setentas" (Wall, 1994: 5. Traducción libre).

Los escritos de Barry Commoner representan una buena expresión de las principales posiciones del movimiento verde. Activista contra las armas atómicas y ecologista, llama la atención sobre los riesgos derivados de la tecnología moderna. Sus cuatro 'leyes de la ecología' deben de servir de guía para la acción humana. Estas son (Commoner, 1972): 1) Cualquier cosa está conectada con el resto de las cosas. 2) Toda cosa debe ir a alguna parte. 3) La naturaleza es más sabia. 4) No existe almuerzo gratis.

La mayoría del pensamiento ecocentrista recoge estas 'reglas'. El fundamentalismo ecocentrista es explícito en la tercera ley de la ecología. Passmore (1974) critica este fundamentalismo de la siguiente forma:

Es verdad... que toda intervención humana en un ecosistema es probable que distorsione el funcionamiento de tal sistema de forma que sea perjudicial para cierto número de funciones. Al igual es verdad de cada cambio inducido por el hombre o por la naturaleza. Pero, de aquí no se sigue, como sus 'leyes' parecen sugerir, que cualquiera de dichos cambios, o aún la mayoría de dichos cambios, serán perjudiciales para los seres humanos (Passmore, 1974: 185. Citado en Grundmann. Traducción libre).

En defensa de Commoner, cabe mencionar que las 'leyes de la ecología' no son más que una guía para los ecocentristas, pero nunca una regla a ser llevada a sus últimas consecuencias, como sugiere Passmore. Claro está que la cuestión de hasta dónde es guía y hasta dónde regla queda sin respuesta.

La ecología estudia los flujos de energía y materiales entre lo abiótico y lo biótico. La introducción del ser humano en esta metodología implica concebirlo como una unidad (una especie) que intercambia materiales y energía con su entorno. Esto nos lleva a la tercera característica.

c) Los límites físicos externos al desarrollo humano. Según la conocida metáfora de la 'nave espacial Tierra' (Boulding, 1989), la especie humana se encuentra en un mundo material finito. Por lo tanto, ni el crecimiento económico, ni la reproducción de la población pueden crecer ilimitadamente. La 'capacidad de carga' del Planeta, otro concepto tomado directamente de la ecología, estaría limitado tanto por los recursos naturales necesarios para la producción, como por la capacidad de asimilación natural de los residuos de la actividad humana.

El ecologismo convierte la Tierra como objeto físico en la piedra angular de su edificio intelectual, sosteniendo que su finitud es la razón básica por la que son imposibles el infinito crecimiento económico y demográfico por la cual, consiguientemente, es preciso que tengan lugar cambios profundos en nuestra conducta social y política (Dobson, 1997: 38).

Un tema controvertido en política verde, asociado con la cuestión de reducir el consumo, es el de la necesidad de rebajar los niveles de población (Dobson, 1997: 40-41).

Desde el punto de vista económico, el pensamiento ecologista ha impulsado una corriente de pensamiento conocida como economía ecológica. La economía ecológica construyó su marco conceptual incorporando a la tradición económica neoclásica dos referencias teóricas: la ecología y la segunda ley de la termodinámica. La base ecológica sugirió un enfoque holista del proceso económico como parte del proceso natural de flujos

de energía y materiales. En lugar de considerar el proceso económico como cerrado en sí mismo, tal como lo entiende la economía neoclásica, la economía ecológica se preocupa por las interrelaciones entre la naturaleza (en sus componentes biótico y abiótico) y el proceso económico. Así, puede detectar procesos que desde un punto de vista monetario sean redituables para la sociedad, pero que simultáneamente estén creando desequilibrios en el ecosistema que pongan en riesgo la sustentabilidad en el largo plazo. Por su parte, la incorporación de la base física (ley de la entropía) ha permitido a la economía ecológica considerar el proceso económico como un proceso entrópico (Georgescu Roegen, 1971). La economía ecológica sostiene que el ecosistema Tierra es abierto en energía solar, pero cerrado en materiales. La economía capitalista se mueve con ritmos basados exclusivamente en la dinámica de los precios, los cuales se contraponen con los ritmos naturales. Es necesario que la actividad económica considere la distinción entre recursos naturales renovables y no renovables, así como la velocidad y posibilidad de reciclar los desechos. Como cada modalidad energética puede ser distinguida según su calidad, esto es, la capacidad de producir trabajo útil, el análisis energético podrá servir de guía para la utilización de materiales energéticamente más eficientes y, por lo tanto, más sustentables.¹¹ De allí que la economía ecológica considere y mida el origen de la energía utilizada (recursos renovables o no renovables), así como el grado de eficiencia termodinámica que cada proceso económico implica. Por ello, los límites físicos externos constituyen un elemento central de esta concepción. Relacionado con este concepto de límites físicos externos está la desconfianza en la ciencia y tecnología 'moderna' para solucionar los problemas ambientales. De esta forma, Pepper (1993) considera que la propuesta ecologista implica un determinismo ambiental.

d) La creencia en el individualismo liberal

para cambiar la sociedad.

La propuesta verde deposita la confianza del cambio en la elección individual. El primer paso para transformar la realidad es un acto de consciencia, una nueva ética y, consecuentemente, un patrón de vida y consumo diferentes. La desconfianza en los partidos políticos, en el estado como orientador de la economía y en las formas jerárquicas y de poder tienen como efecto una propuesta individualista de acción. Dobson (1992), en su análisis del movimiento verde, lo plantea crudamente:

La segunda y quizás más seria consecuencia de la dependencia del movimiento respecto a pronósticos nada halagüeños es que sus ideólogos parecen haberse sentido liberados de la necesidad de pensar seriamente sobre la realización del cambio que preconizan. Ésta, desde luego, es otra característica de la ideología que se debe señalar: la tensión entre la naturaleza radical del cambio social y político que pretende y la confianza en los medios tradicionales democrático-liberales para llevarla a cabo. Es como si los defensores del movimiento hubieran creído que el mensaje resultaba tan obvio que bastaba comunicarlo para conseguir que se actuara de acuerdo con él. Los obstáculos para el cambio verde radical no se han determinado adecuadamente, y el resultado es una ideología carente de un programa adecuado de transformación política y social (Dobson, 1997: 44).

La misma crítica en Pepper (1993):

... falta de fe en la política partidaria, argumentar que la búsqueda del poder político inevitablemente corrompe a los políticos, y que los partidos políticos siempre tienen que comprometer sus ideales. El individualismo coloca a la fe, en su lugar, en un proceso individual continuo de cambio de valores y estilos de vida, que luego provocarán al agregarse, una nueva sociedad. Este concepto descansa en una visión esencialmente liberal de la sociedad (Pepper,

¹¹ Existen algunos ecomarxistas que pueden ser ubicados dentro de los 'verdes'. Benton (1992), por ejemplo, justifica la necesidad de considerar las leyes físicas como límite natural al crecimiento económico. "Nuestro 'sistema de soporte de vida' planetario es, sin embargo, limitado en su poder adaptativo. Estos límites colocan barreras al horizonte de la actividad humana en su relación con la naturaleza. Las leyes de la termodinámica, por ejemplo, a menudo figuran en tales argumentos" (Benton, 1992: 58. Traducción libre).

1993: 15. Traducción libre).

Una vertiente particular del pensamiento ecocentrista es el neomalthusiano. La principal causa de la crisis ambiental estaría en el aumento incontrolado de la población mundial. Esta línea de pensamiento, cuyos principales exponentes son Ehrlich (1971) y Hardin (1968), reivindica la ‘ley de Malthus’, aunque le da un giro contemporáneo. El problema del incremento poblacional no se reduce a tener un ritmo exponencial de crecimiento mientras el de los alimentos es aritmético, también a que este incremento poblacional presiona para una actividad económica creciente que provoca escasez de recursos naturales y desechos con el consecuente deterioro ambiental. En un mundo finito en materiales, la población debe estabilizarse.¹² Políticamente, se trata de una posición claramente conservadora dirigida al control de la natalidad y la expansión de la propiedad privada.

Tecnocentristas (antropocentristas)

Los tecnocentristas abarcan dos grandes grupos claramente diferenciados. Por un lado, los que aquí llamamos Cornucopianos; por otro, ‘el ambientalismo moderado’.

a) Cornucopianos (tecnocentristas).¹³

Llamamos cornucopianos a los ambientalistas que consideran que es posible superar los problemas ambientales con soluciones técnicas.¹⁴ Se trata de posiciones antropocentristas, ya que es el interés

humano lo que guía el criterio valorativo de la relación entre la sociedad humana y su ambiente. Hoy en día, los tecnocentristas están estrechamente ligados a la defensa de la economía de libre mercado. Esta identidad, entre confianza en el desarrollo tecnológico y confianza en el mercado, está presente en los dos principales postulados de la teoría económica neoclásica, la cual es el fundamento del libre mercado. Siguiendo a Victor (1989), el primer principio de esta teoría dice que la economía es el uso de recursos limitados para satisfacer necesidades ilimitadas. En la propia definición de economía se está planteando una contradicción entre la sociedad humana y su ambiente. Se parte de supuestos no demostrables. Es un principio fundamental no discutible que las necesidades humanas son ilimitadas. Digamos que una cuestión de ‘sentido común’.¹⁵ También es un principio fundamental no discutible que los recursos son limitados.¹⁶ Según la teoría económica neoclásica, el ser humano arranca enfrentándose a la naturaleza. El segundo principio dice que lo que es mejor para uno es mejor para todos. Con este segundo principio fundamental no demostrable se pretende garantizar que la preferencia de cada consumidor en el mercado lleva al equilibrio de la sociedad en su conjunto. El cornucopianismo considera a la naturaleza como distante, separada del ser humano. Tiene una visión unilateral del dominio del ser humano sobre su entorno y una posición política claramente conservadora del sistema capitalista.

La posición cornucopiana considera que el libre

¹² Ubicar las posiciones de Commoner y de Ehrlich dentro de los ‘verdes’ puede no resultar del todo justo para todos los afiliados a las propuestas de dichos autores, ya que se autoreconocen en abierta oposición. Pero, pese a que cada uno argumenta causas distintas para la crisis ambiental, —Commoner el moderno uso de la tecnología, y Ehrlich el crecimiento poblacional—, tienen en común el suponer que leyes naturales, —Commoner las ‘leyes de la ecología’, Ehrlich la ‘ley’ de crecimiento exponencial-biológica de la población, deben constituirse en el criterio ético de la práctica política—.

¹³ Los ‘cornucopianos’ remiten a la figura mitológica del ‘cuerno de la abundancia’ (O’Riordan, 1981).

¹⁴ Cotgrove (1982) incluye dentro de este grupo tanto a los ‘gerentes empresariales’, como a los marxistas, por su común defensa del industrialismo. O’Riordan (1976), por su parte, entiende que los marxistas están más cerca de los ecocentristas, ya que al igual que éstos, proclaman un cambio radical en las relaciones capitalistas, mientras que los tecnocentristas son ‘acomodacionistas’. Como puede verse, la ubicación de los marxistas es uno de los aspectos de mayor controversia.

¹⁵ Durante la década de los sesenta, investigaciones antropológicas mostraron diversas sociedades donde no existían ‘necesidades ilimitadas’ y los recursos eran ‘excedentarios’ (Sahlins, 1977). A partir de allí, la economía neoclásica, que tenía ambos supuestos como intrínsecos a la naturaleza humana (principios fundamentales), comenzó a afirmar que esos principios eran aplicables sólo al capitalismo. Con ello, ambos principios pasaban a ser aún más una cuestión de fe.

¹⁶ Aunque a primera vista podría parecer de sentido común que los recursos son limitados, esto es discutible en términos económicos.

mercado logra solucionar los problemas ambientales, bien restringiendo el consumo de recursos no renovables o en extinción por el aumento de los precios a medida que las existencias disminuyen, bien sustituyendo materias primas y fuentes energéticas, o mejorando la tecnología para un uso más eficiente de los mismos recursos. Esta posición está respaldada teóricamente por el llamado ‘enfoque de los derechos de propiedad’ que parte del teorema de Coase (Pearce, D. y R. Turner, 1995). Según Coase, la solución a los problemas de contaminación está en la negociación directa entre responsables y perjudicados. Quien tuviera los derechos de propiedad podría exigir una compensación por el daño. Esta propuesta supone que la causa de muchos de los problemas ambientales radica en la distorsión que ejerce el estado sobre el mercado al poseer bienes públicos.

El resultado de las transacciones en el mercado representaría, al igual que la selección natural en la evolución, el camino hacia el óptimo, en este caso un óptimo social. Pearce y Turner lo plantean así:

... puede argumentarse que los humanos dominados por genes egoístas (persona económica) y su organización social (el mercado) son consecuencia de la selección natural que maximiza la capacidad de procrear. Por tanto, para algunos, el proceso de mercado competitivo representa un proceso darwiniano de supervivencia.

... Parecería que el mercado competitivo genéticamente determinado es un producto de la selección natural y, por tanto, debe ser de algún modo óptimo (Pearce; Turner, 1995: 45-46).

El texto más elocuente de esta posición cornucopiana lo constituye la compilación realizada por Simon & Kahn (1984). Se trata, como dice su subtítulo, de una respuesta (A Response to Global 2000) al informe realizado para la presidencia de Estados Unidos de Norteamérica en 1980 (Global 2000 Report to the President). La compilación de Simon & Kahn reúne varios artículos de diversos científicos que buscan demostrar, en sus respectivos campos, un futuro alentador en cuanto a recursos naturales y calidad de vida futura. En todos los casos, el acento está puesto en las posibilidades de la tecnología

para descubrir nuevos recursos, o hacer rendir más los existentes. Y, también, en el libre mercado que, con las fluctuaciones de sus precios, constituiría el instrumento más seguro del equilibrio medioambiental.

Las conclusiones a que llega A Resourceful Earth son optimistas. Según sus autores:

Estamos convencidos que la naturaleza del mundo físico permite la continua mejoría de la economía de la especie humana en el largo plazo, indefinidamente ... la naturaleza de las condiciones del mundo físico y la capacidad de adaptación de una economía y sistema social que funcione bien nos permitirán superar los problemas, y las soluciones comúnmente nos conducen a situaciones mejores que antes que surgiese el problema. Esta es la gran lección que debe ser aprendida de la historia de la humanidad. Somos menos optimistas, sin embargo, de las restricciones corrientemente impuestas sobre los procesos materiales por las fuerzas políticas e institucionales, en conjunción con la creencia popular y actitudes sobre los recursos naturales y el medio ambiente (Simon & Kahn, 1984: 3. Traducción libre).

Nótese el optimismo en la abundancia futura de recursos, postura totalmente opuesta a la de todo el pensamiento ecocentrista, el cual se basa, precisamente, en los límites físicos externos con que la sociedad humana se enfrenta. También es de destacar la falta de confianza en las políticas estatales e institucionales, así como en las creencias populares. La solución a los problemas, para los cornucopianos, está en el libre mercado y la ‘expertocracia’, para utilizar un término acuñado por Gorz que se refiere a quienes confían en que cuadros técnico-científicos deben comandar las políticas ambientales (Gorz, 1993).

b) Ambientalismo moderado (tecnocentristas).

La política ambientalista llevada a cabo por la mayoría de los gobiernos se inscribe en esta corriente. A diferencia de los cornucopianos, éstos reconocen que existen problemas entre el desarrollo capitalista y el medio ambiente, pero posibles de ser mejorados con políticas específicas.

La gran mayoría son tecnocentristas. No discuten, por ejemplo, el crecimiento ilimitado de la producción,

tampoco el tipo de producción suntuaria o superflua. Por el contrario, consideran que la producción humana es necesariamente contaminante y la producción capitalista es la única posible. Lo que se trata es de alcanzar niveles razonables u óptimos de contaminación. Esto se logra a través de correcciones técnicas en el proceso productivo. No se discute, por lo tanto, el carácter de la producción capitalista, sino sólo su nivel de contaminación y deprecación.

La base científica es la teoría económica neoclásica y los postulados keynesianos de participación estatal en la economía. El concepto de externalidad, derivado de los planteamientos de Pigou efectuados en los años veinte, constituye uno de los instrumentos teóricos esenciales. Las externalidades son resultados involuntarios de las actividades económicas sobre bienes comunes que son afectados negativamente (o positivamente). Pigou sostuvo que era necesario que estas 'externalidades' negativas sean consideradas por el Estado, imponiendo a sus responsables una tasa. Esta tasa debiera ser la diferencia entre el costo social y el costo privado. Esta diferencia (costo externo) corresponde a los costos de los mecanismos necesarios para, por ejemplo, purificar el aire al nivel anterior a su contaminación, o indemnizar a los afectados.¹⁷

Las políticas ambientales son de dos tipos. Unas, llamadas de comando y control, que regulan la utilización de recursos o el desecho de residuos a partir de normas. Aquí se encuentran: a) los límites máximos de contaminación, b) los controles en el equipamiento (filtros etc.), c) el control sobre los procesos para impedir o sustituir insumos, d) el control sobre los productos, prohibiendo algunos o estableciendo límites de productos contaminantes en otros, e) prohibición de actividades en determinadas zonas, y f) control de uso (cuotas) de recursos naturales.

Otras, de instrumentos de mercado, para incorporar al mercado elementos sin precio de la naturaleza, o bien incidir sobre sus precios, a modo de 'interiorizar' las externalidades. Estos procedimientos suponen la nece-

sidad de valorar monetariamente bienes de la naturaleza sin precio. La dificultad de este procedimiento ha llevado a reconocer el grado de incertidumbre, así como el carácter no reversible de ciertos procesos naturales. Los principales instrumentos de mercado son: a) tasas, b) subsidios, c) sistemas de devolución de depósitos, d) creación de mercados artificiales para cuotas de contaminación, materiales secundarios, etcétera.

En la práctica, se utilizan tanto unas como otras, aunque en los países de la OCDE la mayoría de las políticas económicas han sido de comando y control.

Una variante más 'dura' de esta corriente se basa en el llamado 'teorema de Coase'. Según Coase (1961), las externalidades surgen porque los derechos de propiedad no alcanzan todos los recursos y/o espacios. Si el río contaminado fuese propiedad privada, su propietario podría exigir, a quien contamina, una indemnización. Extender los derechos de propiedad privada sería el mecanismo más simple para solucionar los problemas surgidos de las externalidades. Por otra parte, para la sociedad en su conjunto, resulta indiferente que el que paga sea quien contamine, o el afectado sea quien 'soborne' al contaminador para que no lo haga. La resolución de los conflictos estaría en manos de los propios interesados, quienes se guiarán por los derechos de propiedad. Si el contaminador tiene la propiedad, el perjudicado lo 'compensaría' por no contaminar. Si el contaminado posee el derecho de propiedad, el contaminador le compensaría por soportar el daño. Esta propuesta se contrapone con el principio de quien contamina paga, que es la norma de las políticas ambientales de la OCDE, ya que puede darse el caso que los afectados terminen pagando.

Políticamente, las posiciones que aquí englobamos bajo el término de 'ambientalismo moderado' son reformistas. Confían en la adaptación de las instituciones a los retos ambientales, así como a las soluciones técnico-legales. Algunos representantes de esta posición tienen visiones más amplias, distanciándose del tecnocentrismo, al hacer hincapié en la necesidad de

¹⁷ Las 'tasas pigouianas'; como se les llamó, nunca han sido aplicadas, ya que es prácticamente imposible medir las externalidades. El resultado ha sido la aplicación de tasas que tienden a mejorar el estado del medio ambiente, obligando al contaminador a corregir su producción, pero nunca se puede llegar a la tasa 'óptima' que implicaría compensar monetariamente de manera exacta el daño ocasionado.

combinar las medidas legales y económicas con una amplia política informativa y de educación ambiental.

Ecocentristas y tecnocentristas en su relación

Ecocentristas y tecnocentristas tienen una característica en común: consideran a la naturaleza como externa a la sociedad humana y a ésta como una unidad relacionándose en bloque con el medio.

Para el ecocentrismo la naturaleza tiene un funcionamiento que conduce al equilibrio, la armonía o la evolución sustentable. Por el contrario, la sociedad humana, y particularmente la industrial con su crecimiento ilimitado y su base en las fuentes energéticas no renovables lleva a una situación insustentable de contradicción entre los intereses económicos de corto plazo y el ecosistema global en el cual se inserta. De allí que la alternativa sea aprender de la naturaleza para actuar según sus dictámenes. La distancia entre la sociedad y la naturaleza es explícita.

Para el tecnocentrismo la naturaleza también es ajena y externa a la sociedad humana, sólo que en este caso no se trata de someterse a sus leyes sino de modificarla en función de los intereses humanos. Allí donde no es posible, o surgen contradicciones, la sociedad debe reconocer los límites físicos externos, como ocurre con el ambientalismo moderado.

Ecocentristas y tecnocentristas entienden que la sociedad humana es un bloque que se relaciona con el medio ambiente. La causa de los problemas ambientales es una ideología o una técnica, pero siempre de la sociedad como un todo frente al entorno. Las contradicciones o diferencias al interior de la sociedad humana no tienen mayor importancia para analizar el comportamiento con el medio ambiente. El problema es técnico, y no social. Y, cuando es un problema ideológico, como para las corrientes de la ecología profunda, éste afecta globalmente a la sociedad industrial.

Esta identidad entre ecocentristas y tecnocentristas no debe ser menospreciada. La prueba más evidente lo

constituye la práctica de políticas ambientales similares desarrolladas por unos y otros. Las propuestas concretas del ecocentrismo tienden a identificarse con las del 'ambientalismo moderado'. De allí que una de las preocupaciones del movimiento 'verde' sea el de perder su identidad en las alianzas con los ecologistas socialdemócratas; como dice Petra Kelly, "Si los verdes acaban convirtiéndose en meros socialdemócratas ecológicos, entonces el experimento ha concluido" (Dobson, 1997: 161). En el campo de la economía sucede otro tanto. Si bien en el plano teórico pueden distinguirse 'economistas ecológicos' (ecocentristas) de economistas ambientales (ambientalistas moderados) al momento de construir instrumentos técnicos de evaluación las distancias se acortan. Aunque los ecocentristas más radicales no comparten la medición de la naturaleza en términos monetarios, la mayoría ya habla de un 'capital natural' que, por supuesto, debe ser valorado monetariamente para poder ser incorporado al Producto Nacional Bruto para una Contabilidad Verde.¹⁸

Marxistas (antropocentristas)

El marxismo es antropocentrista. Si merece un apartado especial es por su gran distancia con todas las posiciones ecocentristas, así como con el tecnocentrismo. La diferencia radica, primero, en que la naturaleza incluye a la sociedad humana, no es algo externo como en las concepciones ecocentristas y tecnocentristas. En este sentido, la distinción entre 'natural' y 'creado', que es la base de las posiciones ecocentristas y antropocentristas, resulta de interés secundario. En segundo lugar, la relación entre la sociedad humana y su entorno es dialéctica e histórica; en la medida en que la sociedad transforma la naturaleza se transforma a sí misma, y las posibilidades de transformar la naturaleza están dadas por el nivel al cual llegaron las generaciones pasadas.

Schmidt (1977) en su libro *El concepto de naturaleza en Marx* comienza señalando la importante diferencia y novedad que existe en el concepto de naturaleza en Marx respecto de otras filosofías, "lo que diferencia el concepto

¹⁸ Toda la posición 'oficial' de la Sociedad Internacional para una Economía Ecológica (ISEE) se inscribe en la línea de la Contabilidad Verde. A este respecto basta con seguir la revista oficial de dicha sociedad: *Ecological Economics*.

marxista de naturaleza en su disposición respecto de otras concepciones, es su carácter socio-histórico. Marx parte de la naturaleza como 'la primera fuente de todos los medios y objetos del trabajo', es decir, la ve de entrada en relación con la actividad humana (Schmidt, 1977: 11).

No existe, para Marx, la naturaleza por un lado y la sociedad por otro. La naturaleza es la totalidad de lo existente y, al mismo tiempo, un momento de la praxis humana (Schmidt, 1977: 23). Esto significa que la naturaleza tiene sentido para el ser humano en cuanto esfera de su actividad. Fuera del interés humano, la naturaleza no tiene sentido alguno. De allí el antropocentrismo. Pero, esta relación del ser humano con su entorno se da, en primera instancia, a través de la producción de su vida, lo que hace que, al tiempo que el ser humano transforma la naturaleza externa, se transforma a sí mismo.

Al operar por medio de ese movimiento [el trabajo] sobre la naturaleza exterior a él y transformarla, transforma a la vez su propia naturaleza (Marx, 1975: 215-216).

La propiedad del hombre sobre la naturaleza tiene siempre como intermediario su existencia como miembro de una comunidad, familia, tribu, etc., una relación con los demás hombres que condiciona su relación con la naturaleza (Marx, apud Dussel, 1988: 309).

El ser humano establece una relación histórica con la naturaleza, porque en cada fase de su desarrollo socioeconómico surgen relaciones sociales de producción nuevas, que crean regularidades que guían el comportamiento con el medio ambiente. En la sociedad capitalista, por ejemplo, la clase capitalista es dueña de las condiciones de producción. Ella reúne, bajo su administración, tanto la fuerza de trabajo como la tierra y los medios de producción. La decisión de qué, cuánto y cómo producir recae exclusivamente en esta clase social. En lo que respecta a la clase que vive del trabajo asalariado, no tiene responsabilidad alguna como participante en el proceso de producción. Claro está que la población es responsable de su ambiente,

no sólo como productora, sino también como consumidora; pero, sólo puede consumirse aquello que fue previamente producido.

Esta forma de encarar la relación de la sociedad con la naturaleza hace que el planteo marxista no sea sólo antropocéntrico, sino prioritariamente clasista. Se trata de otra diferencia radical del planteo marxista con respecto al resto de las posiciones ambientalistas. Porque, si una característica aglutina a todos los colores del ecocentrismo junto al tecnocentrismo, es el hecho de considerar a la sociedad humana como un bloque con iguales responsabilidades frente a la naturaleza. El marxismo considera a la sociedad diferenciada en clases.

La sociedad capitalista desarrolla una serie de tendencias en su comportamiento con la naturaleza.¹⁹ En primer lugar, la tendencia a la producción material ilimitada, como resultado de una producción realizada con el propósito de obtener una ganancia. También Marx explica en *El capital* las tendencias del capital por abaratar la parte constante y aumentar la rotación, como formas de incrementar la tasa de ganancia. Ambas formas conducen a un mismo resultado, el deterioro y contaminación de la naturaleza. Esto es también intrínseco a la propia lógica capitalista. Se podrá restringir, mediante políticas de comando y control, o de instrumentos de mercado, 'defender la naturaleza', pero no podrá impedirse que la propia lógica presione sobre ella. Tampoco la tecnología, que muchos ambientalistas de hoy en día tienen de chivo expiatorio de la crisis ambiental, es un resultado neutro, sino que su ritmo y modalidad, así como las fuentes energéticas que utiliza, son un resultado de la propia dinámica capitalista.

La teoría de la renta capitalista del suelo está dedicada a explicar los efectos de las inversiones de capital en un medio natural, heterogéneo y monopolizable, como es el suelo en su sentido más amplio. En esta teoría, Marx explica, entre otras cosas, la tendencia del capital a la colonización de nuevas fronteras (renta diferencial I), con los consecuentes efectos sobre el deterioro de la naturaleza. Y, también, la tendencia

¹⁹ Un análisis más detallado de estas tendencias puede consultarse en Foladori (1999).

del capital a sobreexplotar el mismo suelo aun bajo rendimientos decrecientes relativos (renta diferencial II), con los efectos de agotamiento de la fertilidad de los suelos.²⁰

En la teoría de la acumulación de capital Marx explica cómo las leyes de población están subordinadas a la forma histórica de la sociedad. Cómo el capitalismo tiene leyes específicas de población —contrario a las posiciones maltusianas y neomaltusianas que suponen leyes de población constantes—, mostrando la necesaria tendencia al despoblamiento absoluto del campo con la mecanización capitalista de la agricultura y, agregaríamos, la consecuente creación de los problemas ambientales urbanos resultado de las mega-ciudades. Explica también cómo el desempleo y la pobreza son intrínsecos a la acumulación de capital; dos elementos que son hoy en día considerados causas de los problemas ambientales, los cuales resultan, dentro del análisis marxista, subsumidos al funcionamiento de la propia sociedad capitalista. Y, lo mismo sucede con las migraciones, la pérdida de la diversidad cultural y muchos otros efectos del capitalismo sobre la población que, hoy en día, aparecen como elementos novedosos de una crisis ambiental desligada de las relaciones económicas de la sociedad capitalista.

El análisis de Marx no se restringe a las tendencias principales de desarrollo del capitalismo de las cuales pueden derivarse comportamientos específicos sobre el ambiente, también establece las contratendencias de dichas leyes. Así, por ejemplo, la tendencia a la utilización más eficiente de los insumos y al reciclaje de los desechos es una contratendencia al saqueo derivado del ritmo de rotación y el abaratamiento del capital constante. Aún más adecuado a la problemática ambiental actual es el carácter socio-histórico del valor. Tan pronto las demandas sociales por productos ‘limpios’ o ‘verdes’ toman estado público, aparecen mercancías elaboradas con ese principio que tienen un valor diferente a sus símiles ‘no limpias’. Esto permite que lo que los empresarios consideran hoy en día como la principal traba para la reestructuración industrial hacia una economía ‘verde’, esto es, el mayor costo

de producción, desaparezca una vez que la sociedad lo convalide (Sandler, 1996).

El análisis marxista de la problemática ambiental nunca se desliga de las propias contradicciones económicas del capitalismo. Por ello, para el marxismo no pueden haber límites físicos que se enfrenten al desarrollo social. Antes de presentarse cualquier límite físico aparece una contradicción social que lo supera. Desde esta perspectiva, tampoco tiene validez ninguna ética derivada de leyes ‘externas’ (biológicas o físicas) a la sociedad humana.

Las críticas del marxismo al ecocentrismo o al tecnocentrismo pueden ser resumidas en los siguientes puntos:

1. No es posible comprender los problemas ambientales si no se analiza, al mismo tiempo, las relaciones económicas de la sociedad capitalista.
2. La lucha por un ambiente mejor no puede ser separada de la lucha por una sociedad mejor, que supere al capitalismo.
3. Los problemas ambientales no son contradicciones externas a la sociedad humana, sino que internas, que se manifiestan en su exterior.
4. La búsqueda de una relación más armónica con la naturaleza y entre congéneres no puede derivar de un análisis científico (ecológico o físico-energético), ya que esto llevaría a decisiones tecnocráticas (Bucher, 1996).
5. Todas las posiciones sobre el medio ambiente son, aunque no se lo reconozca, resultado de intereses humanos, ya que responden a concepciones de la naturaleza e intereses sobre ella socialmente creados (Grundmann, 1991).

Conclusiones

Hemos visto que existe un amplio abanico de concepciones sobre la relación sociedad/naturaleza y, consecuentemente, sobre la crisis ambiental. Partiendo de un punto de vista ético, podemos distinguir entre posiciones ecocentristas —que sostienen la necesidad de guiarse por una ética natural externa a la naturaleza humana—; de posiciones antropocentristas —basadas en el relacionamiento con la naturaleza partiendo de

²⁰ Un análisis más detallado de la relación entre renta del suelo y depredación puede encontrarse en Foladori & Tommasino (1999).

intereses humanos—. Luego cruzamos este criterio con la forma como se considera la sociedad si en bloque enfrentada a la naturaleza (posiciones ecocentristas y tecnocentristas) o dividida en clases (marxismo).

Este abanico representa un problema y una interrogante para la educación ambiental: ¿existe un común denominador en cuanto a contenidos para la educación ambiental que permita trabajar de manera conjunta a partidarios de posiciones tan diversas? La respuesta excede los límites de este artículo, no obstante quisiéramos terminar con algunas reflexiones en este sentido, derivadas de la tipología anterior. Avanzaremos por aproximaciones sucesivas.

En primer lugar, el reconocimiento de la necesidad de una actitud ‘diferente’ respecto de los congéneres y del entorno es común a todos los grupos de la tipología excepto los tecnócratas cornucopianos, para quienes la situación ambiental es cada vez mejor y la técnica y el mercado se encargan, en todo caso, de solucionar posibles dificultades. Esto significa la necesidad de una ética diferente, que no derive de las relaciones de mercado como la predominante. Con ello reconocemos que un sector, dentro de esta tipología, ‘queda excluido’.

En segundo lugar, también es común a todos los grupos restantes el reconocimiento en las limitaciones del conocimiento humano, y en la necesidad de reivindicar el principio de precaución y, aunque sea como resultado de éste, el de defensa de la variación y la diversidad.

En tercer lugar, y relacionado con el punto anterior, está el reconocimiento de la interrelación de todos los fenómenos de la naturaleza, lo cual requiere un encare académico diferente al conocimiento parcelado y reduccionista tradicional.

En cuarto lugar, lo que también es común a los grupos restantes, la coincidencia en que el sistema capitalista no soluciona automáticamente por la vía del mercado todos los problemas. De aquí se coliga que existen criterios políticos y científicos que deben, en ciertos casos al menos, anteponerse a la lógica del sistema en que vivimos. Claro está que las diferencias sobre ‘cuáles son esos casos’ marca abismos entre las posiciones.

En quinto lugar, al margen de algunos partidarios de una ecología profunda radical que reivindican ‘volver al pasado’, para todos los otros grupos, no hay forma de enfrentarse a la problemática ambiental si no es a través de la ‘administración’ que el ser humano realice de sí mismo y de su entorno. Esto obliga a una discusión política sobre qué modalidad de ‘administración’ de la naturaleza queremos, si bien en esta discusión surgirán las diferencias entre aquellos que reivindican soluciones técnicas, científicas o políticas. □

Bibliografía

- Aristóteles (s/a) *Poética*, organon, política, constituição de Atenas. São Paulo, Nova Cultural.
- Benton, T. (1992) "Greening Marx", en *New Left Review*. London, núm. 194.
- Boulding, Kenneth (1989) "La economía futura de la tierra como un navío espacial", en Daly, H. (comp.) *Economía, ecología, ética*. México, FCE.
- Boucher, Douglas (1996) "Not with a bang but a whimper", en *Science and Society*. New York. Vol. 60, núm. 3.
- Capra, Fridoj (1985) *The turning point*. London, Flamingo.
- Coase, R. H. (1960) "The problem of social cost", en *Journal of Law and Economics*, (out. t.III).
- Commoner, Barry (1972) *The closing circle*. New York, Knopf.
- Cotgrove, Stephen (1982) *Catastrophe or cornucopia. The environment, politics and the future*. Chichester/New York/Brisbane/Toronto/Singapore, John Wiley & Sons.
- Dobson, Andre (1992) *Green political thought*. New York /London, Routledge.
- (1997) *Pensamiento político verde*. Barcelona, Paidós Ibérica.
- Dussel, Enrique (1988) *Hacia un Marx desconocido. Un comentario de los Manuscritos del 61-63*. México, Siglo XXI Editores.
- Egri, C. y Pinfield, L. (1999) "As organizações e a biosfera: ecologia e Meio Ambiente". Mimeo s/editorial.
- Ehrlich, P. & Holdren, J. (1971) "Impact of population growth", en *Science*. Vol. 171.
- Enzensberger, Hans (1974) "A critique of political ecology", en *New Left Review*. London, núm. 84.

Guillermo Foladori

- Foladori, Guillermo (1999) *Los límites del desarrollo sustentable*. Montevideo, Uruguay, Ediciones de la Banda Oriental.
- & Humberto Tommasino (1999) "La degradación del suelo: su explicación mediante la teoría de la renta", en *Revista de Geografía*. Curitiba, Brasil, núm. 2, UFPR.
- Georgescu-Roegen, Nicolas, (1971) *The entropy law and the economic process*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- Goldsmith, E. (1972) *A blueprint for survival*. London, Stacey.
- Goetz, André. (1993) "La ecología política, entre la experimentación y la autolimitación", en *Viento Sur*. Madrid, núm. 7.
- Grundmann, Reiner (1991) *Marxism and ecology*. Oxford, Clarendon.
- Hardin, Garret (1968) "The tragedy of commons", en *Science*. Vol. 162, pp. 1245-1248.
- Hays, S. (1959) *Conservation and the gospel of efficiency*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- Marx, Karl (1975) *El capital*. Tomo I. México, Siglo XXI Editores.
- McGowen, Alan (1999) "Mail list". Web site: <http://csf.colorado.edu/ecol-econ/anthropocentrism/mcgowen-vs-gintis/0002>.
- Naess, N. (1973) "The shallow and the deep, long-range ecology movement. A summary", en *Inquiry*. Vol. 16.
- O'Riordan, Timoty (1976) *Environmentalism*. London, Pion.
- Passmore, John (1974) *Man's responsibility for nature*. London, Duckworth.
- Pearce, D. y R. Turner (1995) *Economía de los recursos naturales y del medio ambiente*. Madrid, Celeste.
- Pepper, David (1986) *The roots of modern environmentalism*. London/New York, Routledge.
- (1993) *Eco-socialism. From deep ecology to social justice*. London/New York, Routledge.
- Porrit, Jonathon. (1986) *Seeing green*. Oxford, Blackwell.
- Primack, Richard (1993) *Essentials of conservation biology*. Sunderland, Massachusetts, Sinauer Associates Inc.
- Sahlins, Marshal (1977) *Economía de la edad de piedra*. Madrid, Akal.
- Sandler, Blair (1994) "Grow or die: Marxist theories of capitalism and the environment", en *Rethinking Marxism*. Massachusetts, vol. 7, núm. 2.
- Savater, Fernando (1996) *Diccionario filosófico*. Barcelona, Planeta.
- Schmidt, Alfred (1977) *El concepto de naturaleza en Marx*. Madrid, Siglo XXI Editores.
- Schumacher, E. (1976) *Small is beautiful*. London, Sphere.
- Simon, Julian & Herman Kahn (ed.) (1984) *The resourceful earth. A response to Global 2000*. New York, Basil Blackwell.
- Víctor, Peter (1989) "La economía y el desafío de los problemas ambientales", en Daly, H. (comp.) *Economía, ecología, ética*. México, FCE.
- Wall, Derek (1994) *Green history. A reader in environmental literature, philosophy and politics*. London/New York, Routledge.